

perador fué conducido al inmediato Buonconvento, donde falleció (24 de agosto de 1313) á consecuencia de los esfuerzos extraordinarios que habia hecho y de los desengaños que habia experimentado. Enrique fué un hombre noble y caballeroso, pero desconocedor de su tiempo, y desconocido á su vez por éste como representante de ideas caducas; sus proyectos fracasaron por completo á consecuencia de la con-

tradiccion que habia entre el tiempo pasado, en el cual vivia espiritualmente, y el presente, de todo punto distinto. A pesar de sus miras elevadas y de su buena voluntad, sus actos fueron funestos: el imperio que habia querido restaurar se habia hundido por completo, su restauracion en el porvenir era ya imposible; Italia y Alemania corrian á su ruina á pasos agigantados.

LIBRO SEGUNDO

LA ÉPOCA DEL PAPA JUAN XXII, DE LUIS EL BÁVARO Y DE EDUARDO III

(1313-1388)

CAPITULO PRIMERO

LA CONTIENDA POR EL TRONO DE ALEMANIA Y LUCHA DE LUIS EL BÁVARO CON EL PAPADO DE AVIÑON

(1313-1347)

La política de Enrique VII se debió á su desconocimiento de la época y de las circunstancias á que habia dado origen; porque para renovar el imperio faltaban entonces, atendida la corriente intelectual dominante, todas las condiciones exteriores é interiores. Los papas residentes en la lujosa Aviñon no eran, en el fondo, mas que obispos de cámara de los reyes de Francia, y el papado antiguo habia cesado de existir. Ni el papado podia seguir la órbita de un Inocencio III, ni el rey de Alemania la política de los Otones y Staufen, porque la tentativa que hizo el de Luxemburgo para volver á las antiguas relaciones entre el imperio y el papado, y de consiguiente entre Alemania é Italia, habia resultado fatal para ambos, engendrando nuevas contiendas y enconando los ánimos mas que nunca, allí donde podrian haber vivido unos y otros en paz como buenos vecinos, conforme se acababa de experimentar. En vez de esto, los guelfos, para defenderse contra aquella política trasnochada, trataron en adelante de influir en los asuntos interiores de Alemania á fin de impedir que este país llegase á formar una monarquía sólida, unida y nacional. Los actores principales ó jefes de esta política fueron los Anjou de Nápoles, que apoyados en Francia y con el auxilio del pontificado hicieron pagar caros á la Alemania los errores de Enrique VII. La nueva lucha entre el Estado y la Iglesia, que llenó la primera mitad del siglo XIV, no giró como antes alrededor de principios, eclesiásticos ó políticos, sino que fué provocada por la Iglesia, de acuerdo con Francia y Nápoles, para quitar á los reyes de Alemania la posibilidad de seguir una política imperial y preservar á la Italia de toda ingerencia de sus vecinos del Norte que antes habian sido sus amos. Por este lado no tuvieron los gibelinos ya nada que buscar en adelante.

En el sentido de esta política encargó el rey Roberto de Nápoles á su embajador cerca del papa Clemente V, que impidiera ante todo la eleccion de un nuevo rey de Alemania y negara en todo caso al rey electo la corona imperial. De acuerdo con esta política, nombró el Papa al rey de Ná-

poles vicario imperial de Italia, el cual permaneció largo tiempo en Aviñon, lejos de su reino. Aviñon era el centro de todas las intrigas puestas en juego contra la Alemania, y Roberto continuó allí para ejercer, de acuerdo con sus parientes franceses, la influencia mas enérgica sobre la curia en el sentido mas hostil al imperio alemán. El éxito fué completo. En Italia se deshizo la débil union entre los gibelinos, que Enrique VII con tanto trabajo habia conseguido, y solo los grandes potentados de este partido pudieron sostenerse haciendo los mayores esfuerzos contra el empuje de los animosos guelfos, seguros de su victoria. Las ventajas que habian alcanzado los gibelinos toscanos en los años 1315 y 1318 tampoco pudieron fructificar, porque les faltó el auxilio de Alemania. La Alemania fué teatro de una nueva contienda por la corona real; la guerra intestina duró años, y dió lugar á un nuevo conflicto con el papado. Este fué el desquite que tomaron los guelfos de la imprudente expedicion de Enrique VII á Roma.

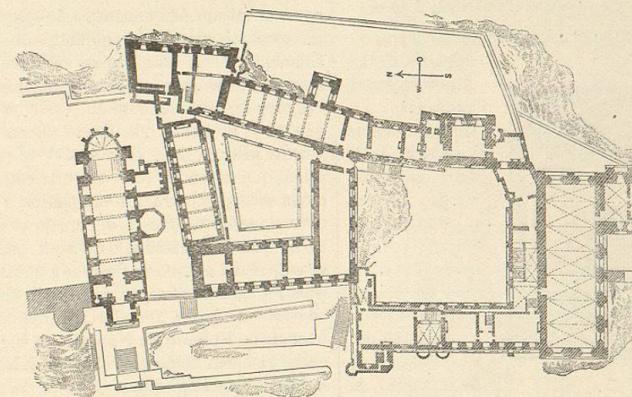
Muerto el luxemburgués súbitamente, los Habsburgos creyeron que habia llegado el momento de indemnizarse de los dos pesados desengaños que habian sufrido. Apoyábanles los príncipes electores: el arzobispo de Colonia, el conde del palatinado rhiniano y el duque Rodulfo de Sajonia-Wittenberg, y además Enrique de Carintia, el cual, á cambio del voto electoral de Bohemia, que pretendia corresponderle para la eleccion de rey de Alemania, se lisonjeaba de conseguir el apoyo de los Habsburgos, sus antiguos enemigos, contra Juan de Bohemia, su sucesor.

Los adversarios de los Habsburgos no pudieron presentar ningun candidato de la familia que últimamente habia ocupado el trono, porque el rey Juan era demasiado jóven para el caso. En esta situacion, guiados por Pedro de Maguncia y Balduino de Tréveris, buscaron un candidato entre los demás enemigos de la casa de Habsburgo. Entre éstos ocupaba desde muchos años antes el primer puesto el duque Luis de la Baviera alta, que habia mantenido una guerra sañuda con los Habsburgos con motivo de la tutela de los jóvenes duques de la Baviera baja, que entre ambas partes se disputaban. Decidió, pues, el partido contrario á los Habsburgos poner en escena al bávaro, ya que la casa de Luxemburgo no contaba á la sazón con ningun personaje á propósito. Hízose una tentativa de arreglo amistoso, pero fracasó;

tampoco era posible emplear el procedimiento usado en la eleccion de Enrique VII y antes en la de Adolfo de Nassau con el objeto de lograr unanimidad de votos aunque á costa de sacrificios enormes, porque los electores eclesiásticos estaban divididos. Otra vez quedó demostrado que la limitacion del derecho electoral á una clase poco numerosa no era garantía para una eleccion unánime. Ambos bandos procuraron observar escrupulosamente en la eleccion cuanto segun el uso que se habia ido estableciendo en el transcurso del tiempo se consideraba necesario para dar validez al acto, ya que cada bando iba á proceder á él separadamente. Observaron, pues, todo cuanto se habia practicado en la última eleccion, ó sea en la de Enrique VII, porque estas formalidades nimias tenian para los alemanes entonces mas importancia, conforme á sus ideas de legalidad, que el derecho electoral de las personas que lo ejercitaban. Casi simultáneamente efectuó cada bando su eleccion, el uno en Francfort

y el otro en Sachsenhausen, observando ambos las mismas formalidades y pretendiendo cada uno completa legitimidad.

El 19 de octubre de 1313 el duque de Austria Federico el Hermoso fué elegido rey de Alemania en Sachsenhausen por los electores de Colonia, del Palatinado y de Sajonia-Wittenberg y por Enrique de Carintia. Al dia siguiente eligieron por su parte en Francfort á Luis de la Baviera alta los príncipes electores de Maguncia, Tréveris, Sajonia-Lauenburgo, Brandeburgo y Juan de Bohemia. En la eleccion de Sachsenhausen fueron legítimos sin la menor duda los votos de Colonia y del Palatinado, y en la de Francfort los de Tréveris y Maguncia, y posteriormente el de Brandeburgo, que pertenecia á los dos Hohenzollern, recibió toda su legitimidad con la declaracion expresa de Waldemaro de su adhesion al voto de su hermano. En el otro bando habia sido dado el voto correspondiente á Sajonia por el duque de Sajonia-Wittenberg, jefe de la rama menor, en representacion del



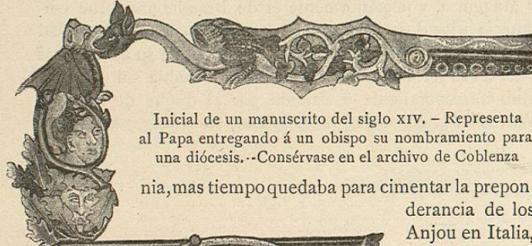
Plano del palacio de los Papas en Aviñon

duque de Sajonia-Lauenburgo, jefe de la rama mayor, al cual pertenecia el voto, pero que era menor de edad. Ilegítimo á todas luces era el voto correspondiente á la corona de Bohemia, emitido por Enrique de Carintia, que jamás habia sido reconocido rey de Bohemia ni mucho menos por los Habsburgos; y si éstos á la sazón lo admitian, lo cual equivalia á reconocer al de Carintia como tal rey de Bohemia y á negarlo á Juan, que hasta entonces habia sido reconocido como legítimo, era demasiado visible el objeto de tan repentino cambio. En resumen, solo eran rigurosamente legítimos los votos que los electores del Palatinado y de Colonia habian dado á Federico de Austria, mientras el duque Luis de Baviera habia recibido cuatro votos, de los cuales ninguno podia ser impugnado seriamente. Agregábase á esto que el bando del Habsburgo no habia observado en la eleccion rigurosamente todas las formalidades consagradas por el uso porque no habia celebrado la eleccion en la iglesia de San Bartolomé de Francfort, por haberse instalado ya allí el bando contrario. Pudo objetarse á la coronacion de Luis de Baviera, que si bien habia sido coronado en Aquisgran, como de costumbre, habia efectuado la ceremonia el arzobispo de Maguncia, al cual no correspondia. Mas si el competidor, Federico de Austria, habia sido coronado por el arzobispo de Colonia, al cual correspondia este honor, en cambio no se habia verificado el acto en Aquisgran sino en Bonn.

Imposible decidir cuál de las dos elecciones era enteramente legítima, pues las dos daban lugar á impugnaciones, y despues, ¿á quién incumbia resolver como juez esta cuestion?

Cuando la eleccion de Ricardo de Cornwall y de Alfonso de Castilla, habia acudido el primero al papa Urbano IV como árbitro, pero este recurso no era posible á la sazón porque el papado habia cambiado de posicion. Segun una opinion, estaba indicado para ser árbitro el conde del Palatinado como señor y juez natural del rey Luis, pero como el conde habia tomado parte en la cuestion en favor de Federico, no era posible invocarle como juez. Así, por desgracia de Alemania, no quedó otra salida mas que decidir la cuestion por medio de la guerra civil, la cual asoló el imperio, principalmente el Mediodía, durante ocho años, porque los partidarios de ambos bandos tuvieron que dividir sus fuerzas atendiendo á otras complicaciones; los Habsburgos querian someter á los suizos confederados, á los cuales habia confirmado Enrique VII los privilegios concedidos por Federico II que les garantizaban su independencia. Los suizos, en vista de esto, se pusieron del lado del rey Luis, y en 15 de noviembre de 1315 en la batalla del desfiladero de Morgarten derrotaron á los caballeros de Austria, cubiertos de hierro de los pies á la cabeza. Esta derrota terrible influyó mucho en la marcha de la guerra interior de Alemania, que se extendió hasta Italia, porque ambos reyes, atribuyéndose el cargo de vicarios del imperio, pretendieron ser reconocidos como tales por los potentados italianos y trataron de obtener de algunos el concurso armado. Luis entró en relaciones con los Visconti de Milan, mientras los Scala de Verona tomaron el partido de Federico, que entró tambien en tratos con Roberto de Nápoles y desposó á su hija con el hijo de éste. Esta

intervención de los partidos de Italia en la guerra alemana fué funesta para la Alemania, porque como Roberto de Nápoles tenía interés en entorpecer y alargar la decisión de la contienda, procuró que el papa Juan XXII no reconociera al Habsburgo, como estaba dispuesto á hacerlo, por supuesto á condición de que renunciase explícitamente á toda autoridad y dominio en Italia. Lo que importaba era impedir que la Alemania cultivara y ampliara las nuevas relaciones entabladas con Italia por Enrique VII y que agrupara otra vez en un partido compacto á los dispersos gibelinos. Por otra parte, cuanto mas se prolongara la guerra intestina de Alema-



Inicial de un manuscrito del siglo XIV. — Representa al Papa entregando á un obispo su nombramiento para una diócesis. — Consérvase en el archivo de Coblenza



nia, mas tiempo quedaba para cimentar la preponderancia de los Anjou en Italia, esclavizar á la curia de Aviñon y servirse de la autoridad eclesiástica contra el reino alemán. En el año 1322 se despejó la situación en Alemania con la victoria de Mühlendorf, alcanzada en 28 de setiembre en el campo de Ampfing, en cuya batalla quedó aniquilada la fuerza del partido austriaco y Federico cayó prisionero. Sin que se hiciera la paz con toda formalidad, fué reconocido de hecho rey de Alemania Luis de Baviera, aunque sin declaración formal de todas las partes. Esto provocó por la del Pontífice una acción á favor de los Anjou de Nápoles, que temían la ingerencia de Luis en Italia, y así, aun antes de resolverse la contienda civil por la corona real, se encontró Alemania enredada en otra contienda con el papado que no giraba alrededor de principios sino de intereses personales.

Juan XXII había ceñido en el mes de junio del año 1316 la tiara, cargado ya de años, después de dos de interregno y en circunstancias muy especiales. El cónclave reunido después de la muerte de Clemente V, ocurrida en 20 de abril de 1314, había sido tempestuoso y no había podido llegar á un concierto. Los compatriotas del papa difunto, los gascones, deseaban sentar en la silla de San Pedro á uno de los suyos para conservar su influencia, mientras los italianos apoyaban á un candidato que se obligaba á regresar á Roma, y el partido provenzal anteponía los intereses de la dinastía reinante en Nápoles á todas las demás consideraciones. Después de muchos debates acalorados fué disuelto el cónclave reunido en Carpentras por la nobleza provenzal. Inútiles fueron los esfuerzos de Luis X de Francia para lograr una nueva elección, porque Francia sufrió mucho en la confusión

y el desórden crecientes de la Iglesia. Acabó con esta situación inaguantable Felipe de Valois, que se encargó de la realeza después de la muerte de Luis, y valiéndose de astucias y de la fuerza bruta logró reunir en Lyon otro cónclave, al cual con medidas de rigor, y amenazando con privar de sustento á los conclavistas, obligó á ponerse de acuerdo y nombrar un nuevo Papa. Como puede suponerse, no se atendió en esta elección al bien de la Iglesia sino á los intereses políticos y dinásticos de la casa real de Francia, de suerte que Juan XXII, el elegido, fué aun mas que su predecesor un instrumento de Felipe de Valois y de su primo de Nápoles. Llamábase Jacobo Duese y había nacido en Cahors, en el Mediodía de Francia, de una familia de la clase media. Ordenado cura, había pasado á Nápoles para hacer allí fortuna. Encargósele de la educación del príncipe heredero Roberto, y cuando éste subió al trono, nombró á su preceptor canceller y guarda-sellos, en cuyo empleo cobró Duese mucha influencia política. Después, habiéndole enviado su soberano con una misión de confianza á la corte papal de Aviñon, logró tambien grande ascendiente sobre el ánimo del débil Clemente V. Se dice que se valió de cartas y otros documentos falsos para obtener el obispado de Aviñon, entonces muy importante, cosa que no se ha probado, además de que no es probable que Duese tuviera necesidad de apelar á estos medios, pues Clemente V le confió el negocio mas difícil que entonces tuvo la curia entre manos, á saber, la causa incoada contra los templarios. Por otra parte, Duese tuvo el mérito de prestar al papado el señaladísimo servicio de librarle de la escandalosa causa que Felipe el Hermoso se empeñaba en que se formase á Bonifacio VIII. Estos méritos y toda la carrera del ambicioso cura, la impotencia del cónclave de Lyon, acosado por Felipe de Valois, y la influencia de Roberto de Nápoles, en cuyo territorio residía la curia, explican la elección de Juan XXII, que de otra manera habria sido imposible.

Juan XXII, dominado por la pasión de mando y por la fanática y constante convicción de su infalibilidad, no era capaz de abrigar escrúpulos de conciencia; y aunque falto de la instrucción superior del alto clero de aquella época, creyóse llamado á decidir las cuestiones dogmáticas mas áridas, mientras que vivía teniendo siempre las malas artes de los hechiceros y mágicos, que creía conspiraban contra su vida. Su actividad casi febril le hacia mezclarse en todo, desde las cosas mas grandes hasta las mas pequeñas; pero las que mas le ocuparon fueron, segun parece, las medidas económicas. Sus innovaciones en el gobierno de la Iglesia, encaminadas á aumentar los recursos del tesoro papal, condujeron con el tiempo á extorsiones que originaron quejas siempre crecientes, especialmente de parte del episcopado, al cual esquilmo y cuyas simpatías se enajenó completamente. Ensanchó y perfeccionó el arbitrio de las reservas eclesiásticas. Existía el uso de que el Papa solo podía proveer aquellas mitras cuyos propietarios fallecieran en Roma; Bonifacio había extendido este derecho de la curia á aquellas vacantes que originase la muerte del prelado ocurrida en el viaje de ida ó de vuelta de Roma. Clemente V lo amplió á las vacantes que ocurrieran por fallecimiento de prelados en Burdeos, donde tuvo su silla, y Juan XXII lo extendió á todas las vacantes de todo beneficio eclesiástico cuyo propietario fuese ascendido á otra prebenda mas elevada; y como cada propietario de prebenda debía pagar á la curia una parte de sus ingresos, generalmente todos los ingresos del primer año, tenía la curia en adelante con esta innovación un medio muy cómodo de multiplicar sus recursos con traslados y ascensos de beneficiados.

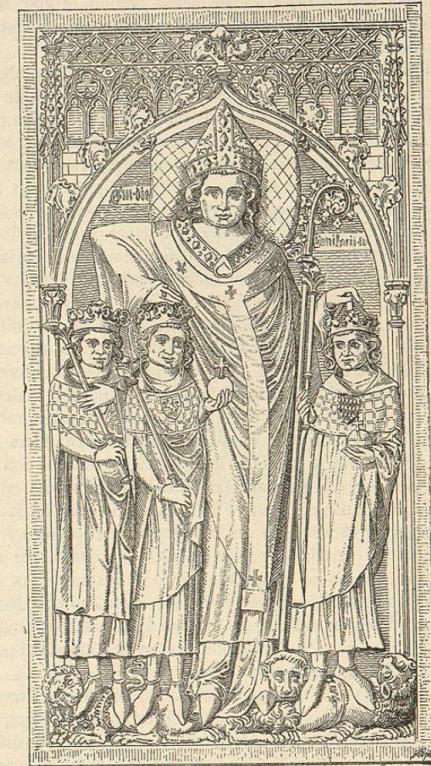
En la contienda por la corona real de Alemania observó

Juan XXII al principio una correcta neutralidad. Los electores del rey Luis solicitaron del Papa para su elegido la corona imperial, y los de Federico la confirmación de la anteriormente obtenida, sin conseguir ninguno de los dos partidos su objeto. En su carta da el Papa á los dos elegidos el título de rey sin arrogarse ninguna autoridad de arbitraje, de modo que venia á reconocer simplemente la situación tal como la habían creado los príncipes electores con su división. Mas no hay que creer que esta conducta fuera efecto de un cálculo político ni de una cuerda moderación, pues el único móvil del Papa al proceder así fué dar largas á la contienda alemana en beneficio de su amo y soberano Roberto de Nápoles, porque mientras no hubiera rey legítimo reconocido como tal en Alemania, no había que temerse su ingerencia en Italia. Con esto, sin embargo, no se contentaron ni Juan XXII ni Roberto de Nápoles; y á fin de quitar á los alemanes en adelante todo motivo de intervención en Italia, estableció el Papa la nueva teoría política de que mientras no hubiese emperador legítimo, correspondían al Papa, como encargado de coronar al emperador, todos los derechos inherentes á la corona imperial. Con arreglo á esta teoría atribuyóse Juan XXII el gobierno imperial de Italia, y quiso dar en este sentido las órdenes correspondientes á los potentados italianos, tanto del partido de Federico como del de Luis, y hasta quiso hacer gobernar directamente por legados suyos algunos territorios, no para someter la Italia al dominio temporal de los papas sino para favorecer la hegemonía de los Anjou de Nápoles en los interregnos del imperio é impedir que éste jamás reivindicara derechos y dominios en Italia. Con este objeto había puesto como condición de su reconocimiento de Federico, y después la puso en sus negociaciones con Luis, la renuncia completa del dominio sobre Italia.

Esta situación sufrió un cambio completo con la batalla de Mühlendorf, que hizo á Luis dueño del campo. La prision de Federico, su rival, le garantizaba contra toda hostilidad seria por este lado y le permitía proceder respecto de Italia con energía. El partido napolitano perdió de un golpe todo lo que había adelantado. A fin de contrarrestar este fracaso el rey Roberto apeló otra vez á su antiguo preceptor y canceller, el cual, en efecto, acudió á su auxilio valiéndose de una nueva teoría política que dejaba muy atrás á la anterior por lo atrevida. En 8 de octubre de 1323 intimó el Papa al rey Luis que presentara en el plazo de tres meses los títulos en cuya virtud se arrogaba la dignidad real de Alemania. Es decir, que no se contentó ya el Papa con apropiarse las atribuciones imperiales durante las vacantes del trono imperial, sino que pretendía de golpe arrogarse tambien las atribuciones reales en Alemania interin no se hubiese proclamado y reconocido con completa legalidad un rey. Esta pretensión era todavía mas exorbitante que las exigencias de un Gregorio VII y de un Inocencio III, sin contar que estaba completamente reñida con la actitud política que hasta entonces había tenido Juan XXII. Con este giro nuevo colocó el Papa su posición respecto de Luis en un terreno enteramente distinto y la lucha tomó desde entonces un carácter tambien radicalmente distinto, porque la cuestión giraba en adelante alrededor de un principio que afectaba no solamente al papado y al rey de Alemania, no solamente á la Italia y la Alemania, sino tambien á la organización política de todo el Occidente é interesaba por igual á la Iglesia y los Estados occidentales. Juan XXII planteaba de esta manera en términos clarísimos la cuestión que en otro tiempo había originado la lucha gigantesca entre los Staufen y el papado; solo que lo que entonces había sido resultado natural é ineludible del desenvolvimiento paulatino del Estado y de

ESTADOS DE OCCIDENTE

la Iglesia durante la Edad media, fué evocado á la sazón por el Papa sin ninguna necesidad interior ni política ni moral, sino por motivos frívolos, para servir intereses extraños, como maniobra y ardid de guerra de la corte papal para ocultar el objeto verdadero que la movía. No cabe, pues, duda ninguna acerca de la persona á quien debe exigir la historia la responsabilidad de las consecuencias desmoralizadoras y fatales de la lucha que con esta pretensión se encendió entre el Estado y la Iglesia, sin que entonces ni antes



Monumento del arzobispo Pedro de Aspelt en la catedral de Maguncia (1320).

Las figuras representadas á ambos lados del arzobispo son las de Enrique VII, Luis el Bávaro y Juan de Bohemia, los tres soberanos que fueron coronados por él

ni aquel ni ésta se hallasen en situación de poder pretender con fundamento el dominio universal. Las consecuencias cayeron con todo su peso aterrador sobre la Iglesia, que fué la parte culpable.

Esta nueva situación determinó la actitud y conducta que adoptó el rey Luis en el curso de la lucha. En ella el Papa no disputó sus fueros á los tronos imperial y real en bien de la Iglesia, sino en beneficio de los Anjou de Nápoles, y una cosa análoga pasó pronto al rey Luis. Este se vió convertido en servidor de intereses que ni eran los suyos ni los de la causa que representaba, porque tuvo que buscar todos los aliados que pudo entre cuantos luchaban por cualquier motivo que fuese contra el papado. Muy diferente era el objeto verdadero de Luis de lo que se desprendía de sus palabras pomposas. Se hizo servidor de una causa ajena que defendía un principio grande, para á su sombra hacer prosperar sus